

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: El que sigue a Jesús pone en riesgo sus propios planes -
Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 8:1 – 9:1)
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



El que sigue a Jesús pone en riesgo sus propios planes – Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 8:1 – 9:1) (14 días)

Día 1

Mr. 8:1-9; Lc. 1:78

No ha pasado mucho tiempo desde que Jesús había saciado una gran multitud hambrienta (Mr. 6:35-44). Si comparamos los dos textos, podemos encontrar diferencias importantes:

Alimentación de cinco mil (Mr. 6)

- El lugar está en la parte *judía* de Israel, cerca de algunas chacras y *aldeas*. La zona es desierto, pero la gente puede descansar sobre *pasto verde*.
- Jesús está muy conmovido por la necesidad *espiritual* de las personas (v.34).
- La alimentación es el final de una reunión de *un día*.
- Los *discípulos* toman la iniciativa.
- Hay existencia de *cinco* panes y dos peces.
- Los restos de los alimentos dan doce cestas.

Alimentación de cuatro mil (Mr. 8)

- La multitud se encuentra en la zona *pagana* de la región de Decápolis (Mr. 7:31), era un lugar *deshabitado*, donde la *estepa* se convierte en desierto.
- La preocupación interior de Jesús (v.2a) se refiere mas bien a su *necesidad física*.
- La alimentación se realiza después de *tres días* sin comida.
- *Jesús* toma la iniciativa.
- Hay *siete* panes y unos pecesillos.
- Los restos recogidos entran en *siete* cestas.

La alimentación de los cuatro mil era el final de la jornada que Jesús había hecho a la región no judía (a partir de Mr. 7:24). Antes de volver al país de Israel para tomar su camino hacia la cruz (Mr. 8:31), Él revela algo de la gloria de Dios en su tarea misionera para los gentiles. El milagro de la alimentación significa aquí una visión acerca de la formación de la iglesia de Jesús de judíos y gentiles: lea Ef. 2:14-22.

El íntimo anhelo de Jesús es el de ganar a judíos y gentiles.

Solo la gran misericordia de Dios puede conmover a personas hasta lo más íntimo de su ser. “Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien” (Sal. 104:28; comp. Ro. 2:4).

Por eso, ¡hagámos ver mucho de “la riqueza de su benignidad” en nuestras actividades misioneras! Esto es importante también para el trato de los creyentes entre sí, pues “la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg. 2:13b; comp. Lc. 6:36; Stg. 3:17; 1.P. 3:8).

Día 2

Mr. 8:1-3

¿Acaso pertenecemos también al grupo de aquellas personas que piensan: Jesús tiene tantas cosas importantes para hacer, así que no es posible que Él se preocupe por mis problemas diarios? Si no pensamos así, ¿por qué nos preocupamos entonces tanto? ¿Acaso nuestro Padre celestial, que ha contado los cabellos de nuestra cabeza, no nos prometió cuidarnos hasta en los más mínimos detalles? “Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad” (Mt. 6:8; lea Mt. 6:25,31,32; Sal. 55:22; Fil. 4:6).

Quizás a nuestro Señor le preocupa que algunos de nuestra sociedad opulenta giren demasiado alrededor de su bienestar, en vez de preocuparse más por las cosas del reino de Dios. Quizás debemos aceptar el reto: “el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17; comp. Mt. 6:33).

Esto no es una contradicción del hecho que Jesús dió de comer a la gente hambrienta. Al contrario: los hombres ya estaban tres días junto a Jesús y sus discípulos. Ellos deben haber escuchado mucho acerca del reino de Dios, sobre todo que ellos eran el objeto anhelado de Dios y que Él quería que participaran de Su reino. Después ellos experimentan que como sus seguidores no sufrirían necesidad, sino que tendrían tantos bienes que incluso sobrarían para saciar a otros.

A propósito el evangelista Marcos menciona que Jesús involucra a sus discípulos en sus obras, cuando Él los *llama* a que vinieran a Él. Pero el Señor no los pone enseguida a actuar, sino que les explica el *motivo* de sus hechos: la misericordia que se alimenta de la eternidad (Mr. 8:2a; comp. Éx. 34:6; Neh. 9:31; Sal. 111:4).

¿Quién o qué me motiva para mi servicio? (Lea Jn. 4:34; 5:19; Ro. 8:14.)

Día 3

Mr. 8:2-4; Ecl. 3:11a

En cada hombre existe un profundo anhelo escondido por paz y seguridad, por amor y felicidad. Por eso la multitud perseveraba junto a Jesús. Aparentemente los hombres tienen un deseo tan grande de Dios, que se olvidan del tiempo y de la hora, incluso soportan pacientemente sus necesidades. Ellos permanecen con Jesús, y Éste no pensaba mandarlos hambrientos a sus casas.

Pero Él menciona esa posibilidad solamente para mostrar que le resulta imposible hacerlo. Pues Su Palabra tiene vigencia también ahora: "... al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37b). Aún menos aquellos que "han venido de lejos".

No pensamos en esto solo en la distancia espacial, cómo por ejemplo en la reina de Sabá, que viajaba cientos de kilómetros, para poder conocer al rey de paz, al rey Salomón; o en aquellos sabios del oriente que vinieron al niño Jesús en Belén (1.R. 10:1-10; Mt. 2:1.12).

También podemos pensar en la distancia interior, el alejamiento espiritual de Dios respecto al concepto de los "de lejos". En el judaísmo los "de lejos" eran simplemente paganos. ¡Qué hermoso brilla la promesa antigua: "paz, paz al que está lejos y al cercano, dijo Jehová" (Is. 57:19; comp. Is. 49:1,6; Mi. 5:4).

Los discípulos han percibido el anhelo de su maestro y reaccionan con impotencia y confusión. Es *verdad*: las anteriores experiencias de fe no nos salvan de las tensiones presentes respecto a la fe. La verdadera fe en Jesús no vive de los milagros del pasado, sino de la cercanía del Señor en el hoy; pues, sino la fe sería una rutina fatal.

"Todo aquí es auténtico: el hambre, el desierto, la confusión, la tentación, el buscar a Dios a tientas" (A. Pohl), - ¡pero también el Señor y Su ayuda hoy! (Lea Dt. 33:26; 2.Cr. 20:9; Sal. 33:20; 62:1,2.)

Día 4

Mr. 8:5-9; Éx. 16:1-4

No cabe duda: Dios puede hacer llover pan del cielo, como en antaño, cuando el pueblo de Israel estaba viajando a través del desierto. “Pues no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos” (1.S. 14:6b).

Al Señor le gustaría mucho revelar su gloria, involucrándonos activamente en sus obras. Incluso enfermos llegan a ser sus colaboradores: ¡levántate, vete a tu casa! ¡Extiende tu mano! ¡¿Qué quieres que te haga?! (Comp. Mr. 2:11; 3:5; 10:51,52.)

Lo que Jesús exige no es difícil. Los discípulos tenían que fijarse cuántos panes habían quedado. ¿Acaso es difícil? ¡No, no es difícil! Después de la oración de agradecimiento, Jesús parte el pan, y los discípulos reparten a los hombres lo que Jesús les entregó en sus manos. ¿Es difícil esto? ¡No, no es difícil: extender las manos vacías! Decir: gracias. Tomarlo. Ir a los hombres. Dar. ¡Sírvanse, buen provecho! Y más tarde recoger los restos.

¿Cuál es la dificultad? ¿Acaso es esto que nosotros lo hacemos difícil? O es esto, de ¿que no confiamos al Señor incondicionalmente? ¿Quizás también en que solamente hacemos la mitad, o nada de lo que Él nos dijo? No es la cuestión que negociemos con el Señor, sino que pongamos a disposición obedientemente nuestras pequeñas reservas, las pequeñas posibilidades, haciendo sólo lo que Él nos dice.

Si Él quiere hacer un milagro, lo hará. Pero si no, no hay razón para desesperarse. Pues Él solo sabe, cuál es la mejor manera para ayudarnos. Al Señor le importa que no confiemos en Él por sus milagros, sino por amor a Él mismo.

¿Cómo vemos esto en Lc. 17:11-19 y en 2.Co. 12:1-10?

Día 5

Mr. 8:9-13

Jesús se toma tiempo para los hombres en el extranjero pagano. Pero después, decididamente se levanta con sus discípulos y se va. Él está dispuesto a “dar su vida en rescate por muchos” (Mr. 10:45; comp. Mr. 14:24; Is. 53:11,12).

El avance hacia la futura iglesia reside en el sacrificio de su vida, el que efectuará también para los gentiles. El perdón del pecado por medio de Su sangre permite a todos – judíos y gentiles – el compartir juntos en *una* mesa.

Apenas el Señor junto con sus discípulos había llegado a la ribera oeste, ya llega una comisión investigadora. Los fariseos procuran hacer una prueba con Jesús, a ver si Él es un profeta. Por lo general la gente lo tenía como profeta por sus milagros (Mr. 6:15; 8:28).

El mayor escándalo residía en Su inaudita pretensión de su inmediatez de Dios: había una sorprendente independencia de Su doctrina (Mr. 1:22); el perdón del pecado (Mr. 2:7); la cuestión del ayuno y del día de reposo (Mr. 2:18,24); la libertad respecto a los mandamientos de lavarse y de la comida (Mr. 7:5); la libertad para tener comunión con publicanos y pecadores, hasta algunas obras misioneras entre los gentiles (Mr. 2:16; 7:24,31,32).

¿Quién es este Jesús? ¿Quién obra en sus actuaciones? Aquí y ahora, ¡Él debería presentar una señal del cielo! Un milagro a pedido, uno no superado, no cuestionado, uno por lo que solo se puede exclamar: ¡Dios mismo ha hablado! Entonces, ¡creeremos en Jesús!

Sin embargo Jesús se niega decididamente a su exigencia. ¿Por qué? El pedido de los fariseos era malicioso. Ellos disimulaban disposición para creer, sin embargo planeaban su muerte (comp. Mr. 3:6; 15:32). Ellos ya se habían decidido en contra de Jesús. Tan duros pueden ser los corazones de las personas, que incluso el mayor milagro no los transformaría, porque no *quieren* creer.

Solamente aquel que se entregue a Jesús de corazón, con seguridad se salva. “... el que cree en mí, tiene vida eterna” (Jn. 6:47; comp. Jn. 3:16,18; 1.Jn. 5:10-13).

Día 6

Mr. 8:13-21; Éx. 12:15

Jesús se fue, dejándo parados a los fariseos en su actitud de dureza de corazón. También entre sus discípulos el Señor una y otra vez descubre falta de comprensión e incredulidad (comp. Mr. 6:52; 9:19; 16:14). Ellos no son mejores que estos hombres importantes y estudiosos.

Pero los discípulos se habían decidido por una vida junto a Jesús y estaban dispuestos a aceptar Su guía y Su corrección. ¿Qué debían aprender ahora?

Jesús utiliza el hecho de su olvido para advertirles a tener cuidado “de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes”. Partiendo del pan terrenal, que por lo general era leudado, el Señor lo relaciona con la vida espiritual. Como un poco de levadura en un corto tiempo leuda una gran porción de masa para pan, así actúa el efecto contagioso de una falsa doctrina y una vida pecaminosa (lea 1.Co. 5:6-13). ¿Acaso Jesús teme que sus discípulos en vista de su inminente pasión cambiaran al lado de los críticos? Si consultamos el mensaje de los profetas, vemos que la dura amonestación del Señor se encuentra en un nivel comparable (comp. Is. 5:21; 6:9,10; Ez. 12:2).

Jesús ve a sus discípulos en peligro de equivocarse sobre Su persona y Su misión, aunque deberían ser mucho más comprensivos después del largo e intensivo entrenamiento. ¿Acaso los discípulos no estaban involucrados activamente en el maravilloso obrar del Hijo de Dios?

Permitamos el recuerdo y la advertencia del Espíritu de Dios: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón” (Pr. 4:23a). ¿Cómo se practica esto? (Lea Pr. 4:24-27.)

“Señor Jesucristo, no me quiero olvidar de tu singularidad. Permítame escuchar entre las mil voces, tu voz. Ayúdame a serte fiel, aún en medio del dolor y mantenerme cerca de ti. Amén”.

Día 7

Mr. 8:22-26; Is. 35:5; Lc. 4:18,19

En el anterior párrafo el Señor ya había hablado a sus discípulos del hecho de mirar atentamente, mirar con el corazón (Mr. 8:15,18). Esta palabra clave – seis veces encontramos el concepto “ver” – ocupa el centro del acontecimiento. Da la impresión como que la conversación anterior, que terminaba con una pregunta, fuera contestada ahora. En esta curación del ciego podemos encontrar un significado espiritual que va más allá que la ayuda física: la verdadera visión se da a través de Jesús, el Mesías de Dios. “Jehová abre los ojos a los ciegos” (Sal. 146:8a).

¿Qué ven los discípulos de Jesús, cuando Él es confrontado con la aflicción del ciego?

- Jesús actúa al pedido por sanidad. “Aquí se trata del asunto de intercesión, que puede significar sanidad para la otra persona. ¡Tanto alcance tiene el brazo de la intercesión!” (G. Maier)

- Jesús se dirige personalmente al enfermo. El Señor lo toma de la mano y le deja sentir: tú eres importante para mí. Ahora se trata del obrar de Dios en tu persona. Los observadores tienen que esperar aparte.

- Jesús toca y atiende el “punto delicado”. El Señor no necesitaba el uso de la saliva (comp. Mr. 10:46ss). Pero aquí utiliza este medio para hacerle sentir y palpar al hombre: Yo quiero atenderte. La curación se produce de mí.

- Jesús involucra al enfermo activamente en el proceso de la curación. El Señor le pregunta: “¿Qué ves?” y este tiene que responder. La curación aquí no acontece de un momento a otro. Jesús le lleva al hombre paso a paso en el camino de reconocimiento, hasta que pueda ver claramente.

Lo mejor sería que el hombre curado pudiera reconocer de corazón: Jesús, yo te necesito siempre. ¡Sé tú el Señor de mi vida! (Lea Ef. 1:15-23.)

Día 8

Mr. 8:27-30; Jn. 6:65-69

¡Cuántas opiniones existen acerca de Jesús! Hombre bueno – ejemplo – reformador social – profeta – mártir – maestro – consejero pastoral – predicador – médico – amigo de los hombres – ayudador de necesidad.

Jesús no es indiferente a la valoración de la gente. Él pregunta a sus discípulos: “¿quién dicen los hombres que soy yo?” ¿Quién soy a su opinión? Naturalmente el Señor sabe cómo le valora la gente. Pero el desafía a sus discípulos para prepararlos a que den su propia respuesta.

“Y vosotros”, que fuistéis testigos oculares de mis obras poderosas y testigos auriculares de mis predicaciones, mis íntimos amigos y alumnos a los que expliqué todo de manera especial (Mr. 3:34; comp. Mt. 13:11): “¿quién *decís* que soy?” ¿Acaso no lo saben los discípulos? ¿Acaso están aún en la oscuridad, o no lo ven claramente cómo aquel ciego?

Jesús tiene en cuenta: hay un tiempo de búsqueda, de preguntas y de meditar; un tiempo de aprender y entender más profundamente – pero después se debe agregar al creciente reconocimiento una clara confesión. Pedro lo dice en nombre de todos los discípulos y en el poder de Dios: “tú eres el Cristo”. (Comp. Mt. 16:16,17.) Aunque Pedro, siendo hombre, tiene aún sus dificultades con esta confesión (Mt. 16:21-23), él confiesa que Jesús es el Hijo de Dios. Este Señor ha venido para dar su propia vida inocente en rescate de los hombres pecaminosos.

Si Jesús es el Mesías de Dios, entonces es el Redentor prometido en el Antiguo Testamento tanto de Israel como también de todo el mundo. Entonces es el único “Ungido de Dios” con el Espíritu Santo (Is. 61:1) y por eso también “la más alta y definitiva revelación de Dios. Jesús es el singular Salvador. Basándose sobre esta singularidad el cristianismo no se puede nunca mezclar con otras religiones” (G. Maier; lea Jn. 4:25,26; 1.P. 2:22-24; 3:18; 1.Jn. 5:1a).

¿Cuál es mi confesión personal de Jesús? ¿Por qué no debemos silenciar a Cristo?

Día 9

Mr. 8:30-32a; Dn. 7:13,14

El mandato de silencio que Jesús les dio a sus discípulos, quería que lo entendieran como una instrucción *por un tiempo*. Pues aún faltaba la aprobación pública de su mesianidad a través de la cruz y la resurrección.

Justo en este lugar Jesús comienza con una unidad de enseñanza especial para sus discípulos. Él empezó a decirles que el Hijo del Hombre tendría que sufrir mucho. Cuando Jesús hablaba de sí mismo usaba por lo general el nombre "Hijo del Hombre". Con esta auto denominación pensaba de manera especial en la profecía de Daniel, que describe el representante del reino de Dios de los últimos tiempos, el que al mismo tiempo es el juez supremo.

Nadie en Israel pensaba que existiese un levantamiento del gobierno de Dios sin el establecimiento del derecho, quiere decir sin juicio. Incluso en las palabras consoladoras del profeta Isaías no era posible pasar disimuladamente por encima de la culpa y el pecado. Así Jesús se anunciaba a sí mismo como Juez e Hijo del Hombre (comp. Mr. 8:38; Mt. 25:31ss; Jn. 5:22; Hch. 10:42).

El juicio tendrá lugar – y algo que ningún hombre hubiera podido pensar, tendrá lugar, una impresionante reconversión de la deuda: el Hijo del Hombre tiene que sufrir mucho, el Juez mismo lleva la condenación. Así Jesús veía la persona celestial en Daniel cap. 7 *igual* al sufriente y obediente siervo de Dios en Isaías cap. 53. Dios, "el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros" (Is. 53:6). En la cruz este Juez era el ejecutado. "El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Is. 53:5b; comp. Mt. 8:17; 2.Co. 5:21; 1.Jn. 3:5).

Jesús pone de relieve de manera especial: el camino de la pasión del Hijo del Hombre *debe* ser. ¡Dios lo quiere así! Pero el camino de Jesús lleva a través del valle de sufrimiento hacia el cielo a la gloriosa casa paterna de Dios. Cualquier otro camino termina en el infierno.

Para profundizar meditemos acerca de Jn. 3:13-16; 14:1-6.

Día 10

Mr. 8:31-33; Sal. 118:22; 1.P. 2:4-8

Era parte de la medida del calvario del Hijo del Hombre, que los principales del judaísmo oficial lo rechazaran. Los cabezas seculares y los espirituales, los miembros del concilio supremo, formarían una coalición contra Jesús.

El rechazo del Señor “no será un descarrilamiento (desliz), sino un No de Jerusalén, muy oficial, bien meditado y decidido unánimamente. Antes de su destrucción física lo ‘rechazarán’, lo destruirán moralmente. Los edificadores, quiere decir los profesionales, los que entienden algo del asunto, observan la piedra y la desechan” (A. Pohl).

Incluso la muerte no se le ahorra al Hijo del Hombre. Pero el Padre mismo transformará la aparente derrota en una gloriosa victoria. Desde la más alta altura echa mano a la profundidad de la muerte, para resucitar a Su Hijo (Hch. 2:24,36; 10:40; Gá. 1:1b).

También aquí Dios cumple fielmente lo que fue anunciado en el antiguo pacto: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción” (Sal. 16:10; comp. Jon. 2:1ss; Mt. 12:40).

Los discípulos no entienden a Jesús. Para ellos existe el Mesías y el Hijo del Hombre solamente con la ilusión de gloria, y no con el pensamiento del sufriente Siervo de Dios. Por eso intentan de que Jesús evite el camino hacia la cruz. Satanás ya hace mucho quería soltar a Jesús de su unión con Su Padre y levantar el reino del Mesías sin la purificación de la culpa humana (Mt. 4:8,9).

Jesús ve que este enemigo está actuando aquí. Por eso lo rechaza enérgicamente. Pedro y los demás discípulos tienen que aceptar que su consejo bien intencionado es inútil para el reino de Dios. Los pensamientos y caminos de Dios son muy distintos (Is. 55:8,9).

Jesús a toda costa quiere hacer la voluntad de Dios. (Lea Jn. 4:34; 6:38; 8:29; He. 10:7.)

Día 11

Mr. 8:34; Jn. 16:32

Hasta el momento se trataba acerca del camino de Jesús, pero ahora se trata de nuestro camino de discipulado. Simón Pedro se había puesto *ante* Jesús, porque quería protegerle, pero tenía que experimentar: tu lugar es *detrás* de Jesús. *Él* va adelante. *Él* prepara el camino. *Él* nos guía. *Él* nos protege. Y nosotros vamos detrás de *Él*, le seguimos paso por paso.

Cualquiera que quiere seguir a Jesús, debe atender las normas:

1. *“niéguese a sí mismo”*. Con gran sinceridad el Señor dice a sus discípulos, que Dios no se deja aprovechar por sus intereses, ambiciones o deseos, *Él* no se deja manipular. Así Jesús aprueba el primer mandamiento: “Yo soy Jehová tu Dios” (Éx. 20:2,3). En el discipulado es importante quedarse muy cerca detrás de Jesús y negarse a la manera de pensar y actuar natural.

“Negarse a sí mismo” no significa la auto negación o auto destrucción, sino un olvidarse a sí mismo basándose en el gran amor que uno ha encontrado y al que se entrega totalmente: porque Dios, en Jesús, se ha acercado tanto a nosotros, para que podamos distanciarnos de las pretensiones que nuestro ego nos dicta.

2. *“y tome su cruz”*. La ejecución por la crucifixión se eligía en el tiempo del Nuevo Testamento, cuando al sentenciado no se quería solo quitarle la vida, sino también su honra, cuando se le entregaba a total desprecio y destrucción moral. Así la muerte de cruz es la muerte más vergonzosa (comp. Mr. 14:65; He. 13:12,13).

El que toma su cruz, acepta pena y sufrimiento que lo aísla, que es acompañado de desaprobación, de burla y ofensas de los demás. Sin embargo el seguidor de Jesús no está solo, sino amparado por la cercanía cuidadosa y en el amor de su Señor.

¿Cuáles motivos de aliento encontramos en Sal. 3:3; 62:7 y Fil. 3:7-13?

Día 12

Mr. 8:34-37; He. 10:32-39

¿Acaso los creyentes tienen que tener temor de la cruz? ¡No! Jesús no nos presiona con esta palabra seria del discipulado, sino nos da la ayuda para una vida bajo presión.

El Señor compara la vida terrenal con la eterna: el que se bloquea y se niega al discipulado por querer proteger su vida terrenal, perderá la vida eterna. Pero el que entrega su vida terrenal a Jesús y a su evangelio, recibe la vida eterna. Incluso si el seguidor de Jesús cayere en existencial aflicción y temor, justamente porque se aferra a Jesús y Su Palabra, porque ama al Señor y le sirve fielmente, puede resistir a la tentación de retroceder un poco en el discipulado. Porque el regalo de la vida eterna resplandece no solo por sobre los valores materiales de lo terrenal, sino que vence a la muerte, permanece en el juicio final y contiene ilimitada felicidad.

Hoy quiero sincerarme ante Jesús y preguntarme: • ¿Estoy dispuesto a dar más importancia a la búsqueda de Dios, a Su reino y Su justicia, que a mis deseos egoístas y a la búsqueda de honra y posesiones, estatus y poder? • ¿Cuáles consecuencias prácticas tengo que tener en cuenta? • ¿Dónde y en qué marco quiero poner a disposición mi tiempo, mi fuerza, mis dones y mis bienes para el reino de Dios? • ¿Qué experiencias he tenido hasta ahora con lo que dice en Lc. 12:28-31 y Mal. 3:10?

Un creyente contemporáneo testifica: “servir a Jesús, aunque sea bajo indecibles renunciaciones y pérdidas, significa honra, felicidad y vida en abundancia” (A. Pohl; comp. 2.Co. 6:9,10; 12:10).

El Señor nos desafía y nos promete: “¿Os parece demasiado difícil? Yo voy adelante, estaré a vuestro lado, lucharé por vosotros, yo abro el camino y soy vuestro todo en la lucha” (de una canción de J. Scheffler)

Día 13

Mr. 8:38; Ro. 1:16

Cuando una persona se decide seguir a Jesús, entonces ya no se solidariza con “una generación adúltera y pecadora”. Cada judío que escuchaba a Jesús, sabía: la rotura más terrible es la ruptura del pacto con Dios. Por los profetas del Antiguo Testamento se la compara con el adulterio, la más dolorosa herida del amor mutuo (lea Jer. 3:1,2,8,9; 9:1).

Sin embargo en Jesús, Dios ofrece a su pueblo y a todos los hombres el nuevo pacto. El que viene a Jesús, puede disfrutar de lleno del nuevo pacto. Entonces sería la más grande equivocación, si uno se avergonzara públicamente de esto.

Jesús explica a sus discípulos con toda firmeza que el ser creyente no es una cuestión privada, sino que la vida con Él y el anuncio del evangelio tiene un carácter público. No importa si se trata de una conversación personal en un grupo pequeño, de una charla con el vecino, de una oración en el restaurante ante la comida o de una evangelización de masa, siempre y en todos lados el seguidor de Jesús lleva a Jesús consigo. Por eso para un creyente es lo más normal hablar con los hombres de Jesús. “... si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro. 10:9; lea hasta el v.17).

Frente a los cambios sociales opresivos, no debemos intimidarnos como discípulos del Señor Jesucristo. “Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios” (2.Ti. 1:8).

Si pedimos sabiduría y testificamos la verdad de Dios con amor y claridad, el mundo nos podrá dañar, pero no podrá cambiar para nada que el plan de Dios para la salvación de los hombres llegue a cumplirse. (Lea Hch. 4:8-20.)

Día 14

Mr. 9:1

Hasta ahora Jesús había hablado que el camino del discipulado era realmente un camino de cruz, pero ahora afirma con una palabra consoladora que algunos de sus oyentes experimentarán el poder de Dios antes de su muerte. El Señor promete: “Les aseguro que algunos de los aquí presentes no sufrirán la muerte sin antes haber visto el reino de Dios llegar con poder” (NVI). Importante es la respuesta a la pregunta: ¿Cuándo vieron ellos venir “el reino de Dios con poder”?

Pensar en el día del regreso del Señor sería ir demasiado lejos, pues los receptores de la palabra del Señor en aquel tiempo ya murieron. Pero si pensamos en la primera fiesta de Pentecostés, llegamos más cerca a la respuesta. El Señor Jesús resucitado por el poder de Dios (1.Co. 6:14), después de su ascensión al cielo, ocupó el trono real en la gloria de Dios. Poco antes había prometido a sus discípulos: “recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hch. 1:8).

En Pentecostés aconteció una primera entrada poderosa en la historia del reino de Dios. Esto han experimentado muchos hombres que habían escuchado a Jesús. Jesús puso junto a la palabra del sufrimiento en el discipulado la promesa del poder de Dios. Lo uno no excluye lo otro. Las dos experiencias existen juntas secretamente en el reino de Dios.

Los discípulos – ante todos Simón Pedro – lo entendieron más tarde. “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (1.P. 5:8-10).

Para profundizar lea 1.P. 1:3-9.